

Tú, yo y algo entre los dos: El sujeto político de la comunidad desobrada¹

Paula Sánchez Mayor

Universidad Complutense de Madrid ✉

<https://dx.doi.org/10.5209/rpub.94767>

Recibido: 26 de febrero de 2024 • Aceptado: 23 de mayo de 2024

Resumen. El artículo explicita la pregunta por el sujeto de una comunidad desobrada como la que propone Jean-Luc Nancy. Sin pretender una respuesta cerrada y unívoca, se recorren las posibilidades para pensar un sujeto coherente con una comunidad basada en una ontología relacional, poniendo el acento en el carácter singular plural de un “yo” y de un “nosotros” que pueda responder a la exigencia de lo “común”.

Palabras clave: comunidad; nosotros; común; sujeto; entre.

[en] You, me and something in between: The political subject of the inoperative community

Abstract. The article explicits the question of the subject of a disobedient community as proposed by Jean-Luc Nancy. Without claiming a closed and univocal answer, it explores the possibilities for thinking a subject coherent with a community based on a relational ontology, emphasising the singular plural character of an “I” and a “we” that can respond to the demand of the “common”.

Keywords: community; we; common; subject; between.

Sumario. Introducción. 1. La comunidad esbozada. 2. Yo, el intruso. 3. Nosotros, la gente es rara. 4. Conclusión: Entre tú y yo. Bibliografía.

Cómo citar: Sánchez Mayor, P. (2024). Tú, yo y algo entre los dos: El sujeto político de la comunidad desobrada. *Res Publica. Revista de Historia de las Ideas Políticas*, 27(3), 317-324.

Introducción

Desde que en 1983 Jean-Luc Nancy entrara en el panorama filosófico internacional abriendo el problema acerca de la comunidad², no ha dejado de intervenir en los problemas filosóficos imperantes. Partiendo de una reflexión acerca de los grandes autores de la

historia de la filosofía³ hasta hacerse cargo de problemas actuales de calibre social, político y estético como han sido la pandemia sufrida desde 2020⁴, la situación política en Francia⁵ y la emergencia de nuevas modalidades artísticas⁶, Nancy ha ocupado un lugar de referencia en la filosofía contemporánea.

¹ Declaración de fondos: la presente investigación ha contado con la financiación de un contrato predoctoral FPU concedido por el Ministerio de Educación y Formación Profesional.

² “La communauté désœuvrée” de Nancy, se publicó como artículo en el n° 4 de la revista *Aléa* en 1983 (en 1986 se publica en formato libro en la editorial Christian Bourgois. En español se tradujo con dos títulos diferentes: *La comunidad desobrada*, traducción de I. Herrera y A. del Río, Arena Libros, Madrid, 2001 y *La comunidad inoperante*, traducción de J. M. Garrido, LOM Ediciones, Santiago de Chile, 2000). Ese mismo año, meses después, Maurice Blanchot publica *La Communauté inavouable* (Minuit, Paris, 1983 [*La comunidad inconfesable*, traducción de Isidro Herrera, Arena Libros, Madrid, 1999]), dando así inicio al debate en torno a la comunidad continuado, entre otros, por Giorgio Agamben (*La comunità che viene*, en 1990, Einaudi, Torino) y Roberto Esposito (*Communitas. Origine e destino della comunità* en 1998, Einaudi, Torino).

³ Sus primeras obras prestan especial atención a autores como Hegel, Kant o Descartes. Véase J-L. Nancy, *La remarque spéculative: un bon mot de Hegel*, 1973, Flammarion, J-L Nancy, *Ego sum*, 1979, Flammarion, *L'impératif catégorique*, 1983, Flammarion.

⁴ J-L. Nancy, *Un trop humain virus*, 2020, Bayard.

⁵ J-L. Nancy, *Mascarons de Macron*, 2021, Galilée.

⁶ Es conocido su interés por dialogar con artistas contemporáneos como se aprecia con la publicación de J-L. Nancy, *Jamais le mot “créateur”...* (Correspondance 2000-2008 avec Simon Hantaï), 2013, Galilée.

En este artículo proponemos pensar cómo tendría que ser el sujeto que participara y compareciera⁷ en la comunidad desobrada de Nancy, si es que acaso puede seguir hablándose de un sujeto con todas las implicaciones que dicha noción arrastra por lo menos desde la Modernidad. No se trata tanto de pensar en la descripción de un sujeto político en tanto que depositario y dueño de derechos, deberes y libertades, sino de pensar un sujeto —que por el hecho de existir-con deviene ya siempre político— acorde y que dé cuenta de la comunidad desobrada. De tal forma que los dos ámbitos se encuentran en una relación recíproca de generación el uno del otro: el sujeto de la comunidad y la comunidad de los sujetos.

De ahí que el artículo se estructure en tres apartados (además de esta breve introducción) y una conclusión que, como se verá, no puede estar a la altura del cierre y completitud que su nombre implica. En primer lugar se hará un esbozo sucinto de la comunidad desobrada de Nancy, siguiendo la lectura del libro que lleva ese título, sin detenernos en los juegos de distancias y aproximaciones que este planeamiento tiene con otros autores; el propósito es más modesto: hacer comprensible la necesidad de pensar el sujeto de nuevo desde las coordenadas del ser-con.

El tercer apartado propone una suerte de rodeo por la escritura del autor para explorar las posibilidades del “yo” gramatical a la hora de pensar un sujeto de forma individual. El tercer apartado, como contra punto al anterior, se hace cargo de la pluralidad de una subjetividad colectiva enmarcada en el “nosotros”, explicitando el neologismo nancyano *ser singular plural* que a su vez da título al libro cuya lectura es principal en ese apartado.

1. La comunidad esbozada

La propuesta de Nancy acerca del tema que nos ocupa es la de una comunidad que, más allá (o más acá) de la inmanencia de las personas en una obra en común, se trata de un “estar juntos”, sin necesidad de tener nada en común más que el mero hecho de *ser*, de *existir*, de esa manera tan peculiar en la que existen las personas: en común.

La comunidad no es, por tanto, ni una relación abstracta o inmaterial, ni una sustancia común. No es *un ser* en común, es un ser *en* común, o ser uno *con* otro, o *ser juntos*. Donde *juntos* significa algo que no es ni interior ni exterior al ser singular. Conjunción ontológica diferente de toda constitución sustancial lo mismo que de toda clase de relación (lógica, mecánica, sensible, intelectual, mística, etc.). “Juntos” (y la posibilidad de decir “nosotros”) tiene lugar allí donde el interior, en tanto que interior, deviene exterior, sin que haya formación de un “interior” común. [...] Existir es no ser inmanente, o no estar presente a sí mismo, y no estar presente *solo*. Existir consiste, por tanto, en considerar su “sí mismo” como

una “alteridad”, de tal manera que ninguna esencia, ningún sujeto, ningún lugar, puedan presentar *esta alteridad en sí*, como el sí-mismo propio de otro, o como un “gran Otro”, o como un ser común (vida o sustancia). Pero la alteridad de la existencia solo acaece como “ser juntos”.⁸

Nancy recoge de Bataille la idea de que el verdadero nexo comunitario se da allí donde los hombres no tienen una obra en común; los individuos trazan vínculos comunitarios sin un poder concentrado. Esa relación está atravesada por la finitud, el miedo, la muerte o la amistad. Lo que establece el vínculo es lo que no tiene eficacia, ni sentido.

Una de las tradiciones desde las que se ha pensado la comunidad ha sido el comunismo. En los años 80 podría aún pensarse que el comunismo siguiera siendo una opción desde la que hablar de la comunidad. Sin embargo, ese “horizonte insuperable de nuestro tiempo” ha quedado atrás, se ha agotado y ha quedado como un emblema suspendido en el aire, inalcanzable y sin intención de ser alcanzado. A este respecto, Nancy destaca que el esquema de la tradición que lleva aparejado el comunismo no deja de ser la inmanencia del hombre productor, que hace obra de sí mismo en la comunidad “humana”. Si antes todavía podía quedar un resquicio de esperanza en que el comunismo fuera mecenas de una verdadera comunidad, ahora Nancy ve en él más semejanzas con una deriva totalitaria. En el desmarque de ambas opciones se encuentra la propuesta, o más bien el examen novedoso, de Nancy, que será continuado por Blanchot⁹. “No existe ningún tipo de oposición comunista [...] que no haya estado o que no esté siempre profundamente sometida al objetivo de la comunidad *humana*, es decir, al objetivo de la comunidad de los seres que producen por esencia su propia esencia como su obra, y que además producen, precisamente, esta esencia *como comunidad*”¹⁰.

De la misma manera, el comunitarismo que se enfrenta al liberalismo anglosajón también es rechazado por Nancy debido a que opera con una noción de comunidad no explícita y que no tiene en cuenta la ontología del ser-en-común¹¹. Ni siquiera con los procesos de descolonización llevados a cabo en el siglo XX se ha conseguido una verdadera reflexión sobre la comunidad. La explicación ante esa falta de reflexión es que es, de hecho, imposible seguir pensando en una esencia comunitaria en modelos comunitarios; en otras palabras, tal vez sea imposible pensar la comunidad como ente o sustrato que bien por encima, o bien por debajo, mantiene a sus miembros juntos.

⁸ J-L. Nancy, *La comunidad desobrada*, (P. Perera Trad.) Madrid, Arena Libros, 2001, p. 191.

⁹ Respecto a la relación de continuidad o no en Blanchot de la propuesta de Nancy véase C. Rodríguez Marciel, “Jean-Luc Nancy y Maurice Blanchot: el reparto de lo inconfesable” en *Escritura e imagen*, vol 8 (2012).

¹⁰ J-L. Nancy, *La comunidad desobrada*, *op. cit.* p. 15.

¹¹ “Comunidad como propiedad que se agrega a la naturaleza de individuos, “sujetándolos”, haciendo de estos individuos algo más que “sujetos” y produciendo con ello “sustancia” por su unión. Comunitarismo, comunicabilidad o comunión no nombran el “ser-en-común”. C. Rodríguez Marciel, *Nanocytopías*, Madrid, Dykinson, 2011, p. 132.

⁷ “Comparecemos: venimos juntos al mundo. No se trata de que haya una producción simultánea de muchas entidades distintas, sino de que no hay venida al mundo que no sea radicalmente *común*.” J-L. Nancy, J-C. Bailly, *La comparecencia*, Madrid, Avarigani, 2014, p. 65.

Partiendo de un cierto relevo de Bataille, Nancy y después Blanchot van a ver en él a “quien más lejos ha ido en la experiencia crucial del destino moderno de la comunidad”¹². El Soberano de Bataille, aquel que en cada caso es el otro respecto a mí y con el que solo tengo en común que no tenemos nada en común más que nuestro irreductible ser-en-común, da cuenta de una comunidad de semejantes que solo se reconocen en la muerte, cada vez, del otro. Por eso tanto Nancy como Blanchot se hacen eco de la irónica frase: “la Soberanía no es NADA”. “Lo que la figura del soberano retiene es una forma de representación sin original (o de partición en el origen), o en la cual los referentes (las soberanías particulares) son sin referente, sin entidad delimitada, fracción interna de sí misma”¹³. Nancy saluda en Bataille la exigencia de no inmanencia de los sujetos, y de no hacer obra de su esencia en la comunidad; ambos reconocen el carácter intrínseco de fractura en los sujetos y su reconciliación en su inevitable ser-en-común. La Soberanía no es NADA y casi podría decirse que la comunidad tampoco, al menos nada más allá o más acá de la partición de los sujetos unos en otros. Por aquí vendrá la necesidad del salirse fuera de sí en la desviación (*clinamen*) de los individuos, los unos hacia los otros, atrayéndose y repeliéndose por otra cosa que fuerzas del mercado.

Tal vez sea conveniente retroceder para ver a qué se está oponiendo Nancy. Lo llama metafísica de lo absoluto, o lógica de lo absoluto, frente a la cual, él apuesta por la noción de *clinamen* y de éxtasis¹⁴, como ese salirse fuera de sí, de una intimidad que no es más que el con-tacto con otros, otros que son los que configuran la comunidad; a lo que se enfrentan es a un individualismo en el que el ser humano se presenta en el obrar de la comunidad. La lógica que acompaña a la metafísica de lo absoluto es la lógica de lo absolutamente separado, que de esta manera contiene en sí algo más que la mera separación. La crítica a la lógica de lo absoluto pasa por llevarla a su extremo: “la lógica de lo absoluto violenta lo absoluto. Lo implica en una relación que rechaza y excluye por esencia. Esta relación fuerza y desgarrar, desde el interior y desde el exterior a la vez, o desde un exterior que sólo es la expulsión de una interioridad imposible, lo “sin relación” con lo que el absoluto quiere constituirse”¹⁵. La lógica de lo absoluto lleva a un desgarrar, porque una separación y un encierro siempre es un desgarrar respecto de donde estábamos. La desgarradura no es sino la brecha entre las cosas que son y el ser, lo que hace que el propio absoluto, separado, se encuentre de alguna manera en relación con su ser, deshaciendo así la pretendida inmanencia. Lo que así se muestra es cómo ni siquiera una metafísica de lo absoluto y de la inmanencia puede resistirse a la comunidad, aunque sea cierto que nunca haya sido así pensado y que los resultados hayan sido por ello desastrosos (pensamos con Nancy en los totalitarismos). De aquí se extrae la idea de que la comunidad resiste, siempre resiste.

Pero Nancy aún tiene que deshacerse de algo que la modernidad lleva arrastrando largo tiempo: la añoranza de una comunidad perdida, idílica, “una edad perdida en que la comunidad se tejía con vínculos estrechos, armoniosos e irrompibles, y en que sobre todo se daba a sí misma, en sus instituciones, en sus ritos y en sus símbolos, la representación, o mejor, la ofrenda viva de su propia unidad, de su intimidad y de su autonomía inmanentes”¹⁶. Lo que a Nancy le parece sospechoso de ese fantasma que es la comunidad perdida es que acompañe a Occidente desde sus comienzos y que perpetúe la idea de la comunidad inmanente en la que sus miembros están unidos por la comunión. La inmanencia, el que cada uno se haga a sí mismo en la comunidad, lleva al totalitarismo. Por otro lado, aunque vinculado, la comunión es una relación de fusión y uniformización de los individuos bajo una Idea. La comunidad perdida sirve de referente de sumisión para las sociedades. Sin embargo, “la *sociedad* no se ha hecho sobre la ruina de una *comunidad*”¹⁷, tal comunidad ha sido siempre un fantasma; de hecho, “lo que está “perdido” de la comunidad – la inmanencia y la intimidad de una comunión – sólo está perdido en el sentido de que una “pérdida” tal es constitutiva de la propia “comunidad”¹⁸. La comunidad en la que piensa Nancy requiere esa falta de inmanencia y de comunión. Podemos decir ya que lo requiere así porque la comunidad no hace obra, es más, es, en sí misma, desobra.

Separándose de Bataille, Nancy propone a los amantes como ejemplo de la lógica de la comunión en la inmanencia. Más exactamente, propone su suicidio en común. La lógica de la comunión en la inmanencia consiste en pertenecer “en cuerpo y alma” a la comunidad. La referencia al cristianismo aquí no es casual, ya que es un ejemplo de comunión en varios sentidos: tomar la comunión es pertenecer, de alguna manera, al cuerpo de Cristo. Siendo el extremo desaparecer singularmente para integrarse en el fondo común del que todos provenimos y al que todos nos dirigimos. Por eso Nancy habla del suicidio comunal, de la comunidad de muerte como aquella en la que se sigue la lógica de la comunión inmanente.

Frente al inmanentismo y la comunión, el éxtasis y la singularidad. El individuo, ahora ya no individualizado sino siendo en tanto que abriéndose, desde su fractura interna, hacia fuera. Ni el comunismo, ni cualquier otra concepción individualista se ha hecho cargo del éxtasis, siendo así cada cual cerrado en sí mismo y yuxtapuesto encima, debajo o a un lado, de otro que a su vez está cerrado en sí mismo. Por eso la cuestión de la comunidad será inseparable de la cuestión del éxtasis.

En lugar de la comunión se halla, en verdad, la ausencia de los dioses y la exposición de unos a otros: estamos expuestos los unos a los otros de la misma manera en que podemos, juntos, estar expuestos a los dioses. Ese mismo modo es la presencia, sin la presencia de los dioses. *En lugar* de la comunión no hay *lugar*, no hay sitio, no hay templo o altar para la comunidad¹⁹.

¹² J.-L. Nancy, *La comunidad desobrada*, op. cit. p. 36.

¹³ J. Santos Guerrero, *Cuestiones de marco. Estética, política y deconstrucción*, Madrid, Escolar y mayo, 2014, p. 148.

¹⁴ Debido a que es un término tomado de Bataille, *éxtasis* podría entenderse en su aspecto místico, pero Nancy lo despoja de estas connotaciones quedándose solamente con la imagen de salir fuera de un interior que no es tal sino en ese salirse.

¹⁵ J.-L. Nancy, *La comunidad desobrada*, op. cit. p. 18.

¹⁶ J.-L. Nancy, *La comunidad desobrada*, op. cit. p. 26.

¹⁷ J.-L. Nancy, *La comunidad desobrada*, op. cit. p. 29.

¹⁸ J.-L. Nancy, *La comunidad desobrada*, op. cit. p. 30.

¹⁹ J.-L. Nancy, *Lugares divinos. Cálculo del poeta*, Madrid, Arena Libros, 2014, p. 71.

2. Yo, el intruso

Antes de entrar de lleno en la cuestión del sujeto de esta comunidad que hemos esbozado, demos un rodeo por la escritura de Nancy, lo que nos permitirá observar la posibilidad de plantear un sujeto individual, enmarcado en el “yo” gramatical. No se trata tanto de hacer un análisis de la noción de *escritura* que propone el autor como de observar una de sus obras bajo el prisma de la escritura autobiográfica como búsqueda y dislocación de la identidad. Es decir, como el gesto que, en tanto que trata de atrapar la identidad propia de quien escribe, no puede sino externalizarla y así hacerla impropia²⁰. Desde esta perspectiva se puede situar a Nancy como un autor cuya afirmación de la subjetividad acaece como un modo de texto, como textualidad. Por eso no cabe ahora sino acercarse a *El intruso*, una obra cuyas características estilísticas hacen de ella un gesto de escritura biográfico y casi confesional.

Lo primero que hay que advertir es que se trata del cuerpo de Nancy, es su cuerpo el que está en juego, no “nuestro cuerpo”, sino su vivencia propia, particular y extraordinaria. Y, sin embargo, la pretensión de la obra es elevar a paradigma la experiencia particular del trasplante de corazón. Está escrito en primera persona, pero es una primera persona que se universaliza y que, por tanto, trasciende al individuo *Jean-Luc Nancy*. Es un cuerpo, el de Nancy, que en el momento de tocar la letra se desmaterializa, se desentiende de sus condiciones materiales, de su contexto y se envía más allá.

Yo [he] (¿quién “yo”?; esta es precisamente la pregunta, la vieja pregunta: ¿Cuál es ese sujeto de la enunciación, siempre ajeno al sujeto de su enunciado, respecto del cual es forzosamente el intruso, y sin embargo, y a la fuerza, su motor, su embrague o su corazón?), yo he recibido, entonces, el corazón de otro; pronto se cumplirán diez años. Me lo trasplantaron. Mi propio corazón (la cosa pasa por lo “propio”, lo hemos comprendido, o bien no es en absoluto eso, y no hay nada que comprender, ningún misterio, ninguna pregunta siquiera, sino la simple evidencia de un trasplante, como dicen preferentemente los médicos), mi propio corazón, por tanto, estaba fuera de servicio por una razón nunca aclarada. Para vivir era preciso, pues, recibir el corazón de otro.²¹

²⁰ Giorgio Agamben persigue tematizar esta misma experiencia de la comunidad y del ser-sujeto. El análisis de esta experiencia fenomenológica del sentirse intruso y la posibilidad o imposibilidad de ocupar la posición del “yo gramatical” se encuentra desplegada en los volúmenes III y IV.2 de *Homo sacer*. Sobre esto, el lector encontrará de interés los artículos de L. Periañez Llorente “Testimonio, ética y arte en la filosofía de Giorgio Agamben: en torno al concepto de “lo inapropiable”” en *Escritura e imagen*, 2020 (16) y “Bartleby, o el organismo enfermo: Notas críticas sobre la ontología y la prospectiva del sujeto ético de Giorgio Agamben” en *Res publica: revista de historia de las ideas políticas*, 2020 (23).

²¹ J.-L. Nancy *El intruso*, Madrid, Amorrortu, 2007, p. 14-15. Reproducimos la cita en francés para no perder de vista el uso, en este caso, del pronombre personal *je*, dado que en español sólo tenemos *yo* mientras que en francés podría estar utilizando *je* o *moi*. También, hacer notar que cuando leemos *propre*, traducido por *propio*, en francés resuena, a la vez *limpio*. “J’ai (qui, “je” ? c’est précisément la question, la vieille question: quel est ce sujet de l’énonciation, toujours

El gesto de escribir es un gesto que disloca y trastoca, el mero hecho de enunciar, o de pretender enunciar, perturba la supuesta seguridad atribuida al “yo”, *je*. Se escinde al menos en dos, el sujeto de la enunciación y el sujeto del enunciado. El *je* sujeto gramatical y el *je* Jean-Luc Nancy, separados en un primer momento por la distancia entre la mano y el papel, unidos por la tinta y vueltos a separar más tarde por la reproducción potencialmente infinita de la escritura. Ese *yo* siempre extraño, extranjero, tiene su historia paralela en el cuerpo de Nancy, un cuerpo que se ha visto invadido, para sobrevivir, por el corazón de otro. Su propio corazón no funcionaba, tuvieron que extraérselo, ¿en qué lugar deja eso a la idea de propiedad? Podemos fabular con las preguntas que Nancy se hacía escribiendo estas líneas: ¿Cómo hablar de “mi propio corazón” cuando lo que me hace seguir vivo es el corazón de otro? ¿Por qué aquel corazón que dejó de funcionar era más mío?

Nancy narra su experiencia, su vivencia física, sus sensaciones. Pero no se pueden transmitir las sensaciones, el dolor, la angustia sin poner una cierta distancia que viene dada por la escritura, las figuras retóricas y todos los esfuerzos por hacer accesible la experiencia privada y propia: “simplemente la sensación física de un vacío ya abierto en el pecho”²². “Simplemente” dice Nancy, pero es todo lo contrario, no hay nada de simple en esta historia, nada de evidente, nada fácil de comprender. No podemos sentir cómo es tener un agujero en el pecho, igual que no podemos sentir un miembro fantasma, sólo podemos imaginarlo, confiar en la verosimilitud del relato.

La cosa excede mis posibilidades de representación. (La apertura de todo el tórax, la conservación del órgano a trasplantar, la circulación extracorpórea de la sangre, la sutura de los vasos... Comprendo, por cierto, que los cirujanos hablen de la insignificancia de este último punto: en los *by-pass*, los vasos son bastante más pequeños. Pero no obsta: el trasplante impone la imagen de un pasaje a través de la nada, una salida hacia un espacio vaciado de toda propiedad o toda intimidad, o, muy por el contrario, de la intrusión en mí de este espacio: tubos, pinzas, suturas y sondas)²³.

Y, sin embargo, aquí está la representación, a tal punto que casi podría leerse esta obra como un ejercicio terapéutico de externalizar una experiencia traumática, ponerla por escrito, hacerla devenir una historia, un relato, una ficción para poder apropiarse de ella y reintegrarla en la cotidianidad, “es como

étranger au sujet de son énoncé, dont il est forcément l’intrus et pourtant forcément le moteur, l’embrayeur ou le cœur) — j’ai, donc, reçu le cœur d’un autre, il y a bientôt une dizaine d’années. On me l’a greffé. Mon propre cœur (c’est toute l’affaire du «propre», on l’a compris — ou bien ce n’est pas du tout ça, et il n’y a proprement rien à comprendre, aucun mystère, aucune question même: mais la simple évidence d’une transplantation, comme disent de préférence les médecins) — mon propre cœur, donc, était hors d’usage, pour une raison qui ne fut jamais éclaircie. Il fallait donc, pour vivre, recevoir le cœur d’un autre” J.-L. Nancy, *L’intrus*, Paris, Éditions Galilée, p. 13.

²² J.-L. Nancy *El intruso*, op. cit. p. 16.

²³ J.-L. Nancy *El intruso*, op. cit. p. 26-27.

si dijeras a tus lectores: “Érase una vez mi corazón trasplantado”²⁴. Para poder soportarla. De esta manera, su historia ya no es solo suya, es nuestra. Y su cuerpo y su yo habitado por un extraño nos concierne también a nosotras que lo leemos. Queda así su cuerpo expulsado una vez más, vomitado, “monstruo imposible de tragar”²⁵.

¿*Excrito*? Sí, pero el movimiento de esta escritura no acaba aquí, la finta tiene un deje, un ademán de retorno, de reapropiación, “El trasplante se presenta como una *restitutio ad integrum*”²⁶. El cuerpo *excrito* en esas páginas queda ahí para ser reapropiado en cada lectura; yo misma, con estas líneas no dejo de reapropiarlo, de buscarle un camino de retorno, de querer colmar el hueco que dejó el corazón *propio*.

El relato se extiende y empieza a alcanzar a más de uno: “nous sommes, avec tous mes semblables de plus en plus nombreux, les commencements d’une mutation, en effect: l’homme recommence à passer infiniment l’homme”²⁷. *El intruso* es un libro que continúa en el tiempo, al que Nancy vuelve recurrentemente en otros lugares y que prolonga con varios *post-scriptums*. En el segundo de ellos, escrito en 2010, aparece la relación de su experiencia de la prolongación de una vida que no debía ser prolongada, es decir, su experiencia de vida prestada y en deuda, junto con el final de la vida de algunos de sus amigos.

Otros, mientras tanto, desaparecen a mi alrededor. Lo escribí para Derrida en 2005, lo tengo que hacer hoy para Lacoue-Labarthe; ningún trasplante pudo reparar tampoco su cuerpo, del que él mismo había sido un feroz intruso, envenenándolo con tabaco y alcohol y ese amargo veneno que viene del sentimiento de no ser o hacer lo que debemos.²⁸

De nuevo esa escritura que debería dejar marchar a los muertos pero que, sin embargo, los retiene, y los retiene en el reproche, en la rabia, en la certeza de que podrían no haber muerto, igual que él, o de que él debería haberlo hecho, “ya no sé muy bien a título de qué sobrevivo, ni si tengo verdaderamente los medios para ello o el derecho”²⁹. En el siguiente

post-scriptum aparece también un *nosotros* que parece incluir, al menos, a todos aquellos que han vivido un trasplante. “El injerto es un filósofo diabólico. Aquí, en “mi”, la vida que se ha expresado en vivientes-pensantes, —calculantes e —imaginantes, la vida se ha inventado otra vida. Somos laboratorios de ensayo, países de inmigración, portadores y poetas de un nuevo fuego”³⁰. Nancy o el moderno Prometeo. En estas líneas se puede apreciar de nuevo cómo la experiencia del trasplante es elevada a paradigma de la imbricación técnica-naturaleza, y, yendo más allá, paradigma también de la ontología del ser-con.

En uno de los diálogos que Nancy mantiene con Danielle Cohen-Levinas encontramos otro derrotero de la historia del trasplante. Aparece recogido por Nancy en un artículo suyo que había sido anteriormente publicado en *Le Monde*. En dicho artículo aparece el relato de cómo una mujer también trasplantada había ido a parar a *El intruso*: “Ella soportaba mal esta intrusión, y buscando palabras de otras personas tranplantadas encontré mi libro *El intruso*. Nos hicimos amigos, Manuela y yo”³¹.

En este pasaje Nancy vuelve al *nosotros*, un *nosotros*, que ahora sí, es el conjunto de personas trasplantadas, “nosotros debemos reconocer que nuestra experiencia es ambigua”³². Manuela y yo, tú y yo, nosotros. Parece que el relato sigue su curso tocando a más de uno, como si quisiera dar cabida a todos, para que la experiencia narrada no fuera ya sólo suya, de Nancy, sino de todos nosotros.

Un *nosotros* que incorpora también a quienes ya no están, como hiciera con Derrida y Lacoue-Labarthe, en este caso incluyendo en el relato al hombre que murió siendo el primero al que se le trasplantó un corazón eléctrico:

“Pienso en este hombre que murió recientemente después de aceptar probar la experiencia del primer corazón eléctrico implantado. Me imagino cómo debe haber entrado en una confianza cien veces menos fundamentada que la que yo podría haber tenido. Pero creo (vagamente, basándome en las declaraciones de sus médicos) que tenía sentido para él ese gesto de probar la experiencia, de entrar, aunque muriera, en un nuevo capítulo de la historia del corazón, del *pulso*.”³³

²⁴ “c’est comme si tu dissais au lecteurs: “Il était une fois mon coeur greffé” J-L. Nancy, D. Cohen-Levinas, *Inventions à deux voix*, Paris, Éditions du Félin, 2015, p. 147. Trad. propia.

²⁵ J-L. Nancy, *Corpus*, Madrid, Arena Libros, 2010, p. 10.

²⁶ J-L. Nancy, *El intruso*, *op. cit.* p. 30.

²⁷ J-L. Nancy, *El intruso*, *op. cit.* p. 43. En esta ocasión dejamos en el cuerpo del texto la cita en original, dado que en la traducción al español se pierde la primera persona del plural, dato extremadamente relevante para el argumento tanto de la obra de Nancy como del trabajo que aquí presentamos. “Estoy, junto con mis semejantes cada vez más numerosos, en los comienzos de una mutación. En efecto, el hombre comienza a sobrepasar infinitamente al hombre” Nancy, *op. cit.* p. 44.

²⁸ En esta ocasión no citamos la traducción de la edición en español porque se trata del *postscriptum* de 2010 que no aparece en la edición en español: “D’autres, entretemps, disparaissent autour de moi. Je le notai pour Derrida en 2005, je dois le faire aujourd’hui pour Lacoue-Labarthe; lui non plus, aucune greffe ne pouvait réparer son corps pour lequel lui-même avait été un intrus farouche, l’empoisonnant de tabac et d’alcool et de ce très amer toxique que verse le sentiment de ne pas être ou faire ce qu’on devrait” Nancy, *L’intrus*, *op. cit.* p. 49.

²⁹ J-L. Nancy, *El intruso*, *op. cit.* p. 48.

³⁰ De nuevo, este texto no aparece en la edición en español: “La greffe est philosophe en diable. Ici, en “moi”, la vie qui s’est exprimée en vivants-pensants, —calculants et —imaginants, la vie s’est inventé une vie autre. Nous sommes des laboratoires d’essai, des pays d’immigration, des porteurs et des poètes d’un feu nouveau” J-L. Nancy, *L’intrus*, *op. cit.*, p. 56. Trad. propia.

³¹ “Elle supportait mal cette intrusion, et cherchant des paroles de greffés elle a trouvé mon livre “L’Intrus”. Nous sommes devenus amis, Manuela et moi” J-L. Nancy, D. Cohen-Levinas, *op. cit.* p. 145. Trad. propia.

³² “nous devons reconnaître que notre expérience est ambiguë” J-L. Nancy, D. Cohen-Levinas, *op. cit.* Trad. propia.

³³ “Je pense à cet homme récemment mort après avoir accepté de tenter l’expérience du premier cœur électrique implanté. J’imagine comment il a dû entrer dans une confiance cent fois moins étayée que celle que j’ai pu avoir. Mais je pense (vaguement, à partir des déclarations de ses médecins) qu’il y a eu du sens pour lui dans ce geste de laisser tenter l’expérience, d’entrer, fût-ce en mourant, dans un nouveau chapitre de l’histoire du cœur, de la *pulsation*.” J-L. Nancy, D. Cohen-Levinas, *op. cit.*, p. 149. Trad. propia.

Así, Nancy, en su confesión, abarca a más de uno, más que a sí mismo. Este rodeo nos trae de vuelta a un terreno conocido, el de la imposibilidad de apropiarse de la identidad, o más, bien el de la identidad como desapropiación y lugar de encuentro de unos con otros.

3. Nosotros, la gente es rara

“La gente es rara” es el título de un epígrafe de *Ser singular plural*, en el que Nancy se plantea la distancia que conlleva esta expresión a la vez que, rompiendo la cuarta pared, se dirige a la lectora haciendo de su texto un diálogo explícito.

Como hemos dicho ya, el *tú* que utiliza Nancy es relevante, ya que, en francés, no es corriente dirigirse a alguien así, a no ser que se trate de un familiar, amigo, o alguien con quien ya hay una relación de confianza; de lo contrario es habitual hablar de usted, *vous* en francés. Esta vez el *tú* no es un imperativo que se lanza al exterior, sino una manera de implicar al lector en el texto: “tú eres absolutamente extraño porque el mundo comienza *a su vez en ti*”³⁴. Esta frase se dirige a nosotros, pero no exclusivamente a nosotros, esta frase se dirige cada vez a un tú que encarna la alteridad, “la alteridad del otro, es su contigüidad de origen con el origen “propio””³⁵, en caso de hablar de origen “propio” —que Nancy entrecomilla a sabiendas de lo arriesgado de la expresión— este estará atravesado por la alteridad del otro, siendo ambos co-originarios. Por tanto, el *tú*, que en cada caso es el otro, nos salta del papel al colocarnos en esa posición radical en la que no solemos estar, puesto que nunca nos vemos como *el otro* —salvo en inquietantes expresiones, normalmente en femenino, que se refieren a la amante de un hombre como *la otra*, la que no tiene los derechos de una esposa, la tercera en discordia, *la otra* es la alteridad radical con el añadido del temor a vernos, algún día, en ese papel.

Decimos: “la gente es rara”. Esta frase es una de nuestras más frecuentes y rudimentarias constataciones ontológicas. Y, de hecho, dice mucho. “La gente”, esto es: todos los otros, indistintamente, designados como el conjunto de los pueblos, linajes o razas, de los que por tanto se exceptúa aquel que habla. (Se exceptúa, sin embargo, de una manera bastante peculiar, puesto que en la designación resulta tan general —hay que decirlo... que inevitablemente vuelve al locutor. Cuando digo que “la gente es rara”, me incluyo de cierta manera en esa rareza.)³⁶

“La gente” haría las veces del *se* en las frases en las que el sujeto es desconocido o no quiere nombrarse, “en el “*se*” no siempre se decide que quien habla se incluya o no a sí mismo en el anonimato del “*se*””³⁷; así, cuando decimos “la gente es rara” se nombra una alteridad en la que tiene cabida quien

habla, pero no se hace explícito, quedando éste (o ésta) en el límite, en la indeterminación³⁸.

“La gente” designa claramente esta modalización del “*se*” por la cual “*yo*” me exceptúo —y esta vez, hasta parece olvidar o descuidar el hecho de que *yo* mismo formo parte de “la gente”. En cualquier caso, este dejar aparte no va de suyo sin el reconocimiento de la identidad: “la gente” denuncia también a las claras que todos nosotros somos, precisamente, *gente*, es decir, indistintamente, personas, seres humanos, todo un *género* común, pero un género que no tendría sino una existencia numerosa, dispersa, indistinta en su generalidad y comprensible solamente en la simultaneidad paradójica del conjunto (anónimo, confuso, incluso masivo) y de la singularidad diseminada (de la gente: cada vez tal o cual “gente”, como solemos decir, “un tipo”, “una chica”, “un muchacho”).³⁹

En el momento en el que enunciamos “la gente” se produce el efecto de identificación, inclusiva o no, con la pluralidad de “gentes”, pluralidad que, como dice Nancy, viene marcada por la heterogeneidad que da la singularidad de cada-uno. “La gente” es, entonces, la expresión que realiza el ser singular/plural en el lenguaje. La indeterminación de la que hablábamos a propósito de la inclusión o exclusión de quien habla en-cada-caso se debe a que la singularidad que somos cada uno y por la cual nos comprendemos o no entre *esa gente rara*, no es una singularidad cerrada, no es un átomo⁴⁰ o una mónada, sino, “siluetas a la vez imprecisas y singulares, bosquejos de voces, esquemas de comportamientos, esbozos de afectos”⁴¹. En esta última definición se encuentra la clave de la indeterminación del ser singular y también su pluralidad: la afección en tanto que capacidad y pasividad.

Estar afectado no quiere decir que un sujeto previo viene, en una circunstancia dada, a recibir una afección. ¿Cómo podría él recibir sin ser capaz? Pero esta capacidad en cuanto tal debe ser capacidad en el sentido más propio: potencia de recibir. Poder recibir implica ya recibir, ser afectable. Estar afectado exige haberlo sido ya desde siempre. Es por eso por lo que siempre ya hubo afuera y siempre ya hubo una abertura hacia él. Siempre una abertura tendida hacia afuera. Un deseo de afuera, sin lo cual no podría deseárselo. El sujeto no es

³⁴ J-L. Nancy, *Ser singular plural*, Madrid, Arena Libros, 2006, p. 22.

³⁵ *Ibidem*.

³⁶ *Ibidem*.

³⁷ J-L. Nancy, *Ser singular plural*, op. cit. p. 23. En francés, lo que se pone en juego es el uso del *on*, que hace las veces de un sujeto impersonal como de un sujeto en primera persona del plural.

³⁸ Cabe aquí un apunte sobre el uso del “*se*” en castellano, que no coincide siempre con el uso en francés. En español se utiliza el “*se*” en frases impersonales y en las reflexivas (entre otras), mientras que en francés, al no poder obviar el sujeto gramatical, se utiliza el pronombre personal *on*, reservando “*se*” para el uso reflexivo. En el texto de Nancy la piedra de toque es el paralelismo entre el “*se*” heideggeriano (asimilable, en este caso, al español) y la expresión “la gente”, lo que abarca la idea de impersonalidad o desconocimiento del sujeto y de reflexividad, es decir, tanto el “*se*” como el “*on*” en francés.

³⁹ J-L. Nancy, *Ser singular plural*, op. cit. p. 23.

⁴⁰ A este respecto tenemos que separarnos de la lectura de Adrián Cangí quien define a Nancy como “un moderno atomista de la singularidad concreta y discreta de la naturaleza” A. Cangí, “Postfacio” en J-L. Nancy, *Archivada. Del sintiente y del sentido*, Buenos Aires, Quadrata, 2013, p. 83.

⁴¹ J-L. Nancy, *Ser singular plural*, op. cit. p. 23.

anterior ni exterior al afuera, es —al menos si queremos hablar de sujeto— más bien, como se puede decir en francés, “sujeto al afuera”: sujeto al otro, sujeto al toque del otro.⁴²

Los esbozos de afectos son constitutivos de la singularidad que, a estas alturas, podemos llamar sujeto, sin por ello entender que está *sujeta* a algo, sino abierta, receptiva al toque. Con esta expresión Nancy remite, como tantas otras veces, al terreno del arte, donde un esbozo es el primer paso para dar forma a una figura; el esbozo anticipa una obra posterior que no se sostendría sin él, opera como el indicio, el gesto (*Wink*); deja ver lo suficiente para entender de qué se trata sin cerrarlo definitivamente.

Si de lo que se trata es de hallar el sentido del sujeto este no puede buscarse más que en sí mismo, “Sí [Soi] designa tanto el “sí mismo” [*soi-même*] del “sentido”, si se puede hablar de ello, como toda la constitución de “sí” [*soi*], entendida como “identidad”, o como “subjetividad”, o como “propiedad”. Etc.”⁴³; un “sí mismo” que circula entre la pluralidad de la existencia, “el sentido está *en sí mismo*. Está en la pluralidad indefinida de los orígenes y en su co-existencia”⁴⁴.

Queda aún por pensar acerca de la rareza de la gente, ¿en qué sentido habla Nancy de rareza?

Lo “ordinario” siempre es excepcional, por poco que se haga justicia a su carácter de origen. Lo que comúnmente recibimos como “rareza”, es este mismo carácter. En la desnudez de la existencia y según el sentido del mundo, la excepción es la regla. (Además, ¿no es de esto mismo de lo que dan testimonio las artes y la literatura? El primer y tal vez único motivo de su existencia, rara en sí misma, ¿no sería presentar dicha rareza? Después de todo, en la etimología de la palabra “raro”, ya sea en vascuence como en árabe, se encuentra la valentía, la prestancia y la elegancia)⁴⁵.

Teniendo la rareza estos atributos se puede concluir que, efectivamente, quien habla se incluye entre la gente rara. La rareza permea a toda la gente, la expresión “La gente es rara” es un pleonismo.

En este texto Nancy se involucra, al hablar en primera persona del plural, en el *nosotros* del que trata de dar cuenta. *Nosotros*, la palabra misma en español, alberga el *otros*, la alteridad, haciendo patente la imposibilidad de una comunión que anulara las diferencias, es decir, remarcando la singularidad presente en una pluralidad heterogénea.

Sí. Hay una imposibilidad radical del “nosotros” como persona única, y una amenaza consubstancial a todo estar-juntos. Una ambivalencia extrema, de entrada y siempre extrema: el uno excluye al otro y el uno incluye al otro. O bien: excluir es incluir absolutamente, incluir es excluir absolutamente. Pero lo peor es que el uno o el otro, cada uno, cada una,

no tiene ninguna autonomía, ninguna autosuficiencia. El juego terrible del “sin ti/contigo” es constitutivo del “yo/tú”. Pero si no hubiese esa formidable palpitación, esa oscilación radical, no habría relación —y si no hubiese relación no habría más que yuxtaposición...⁴⁶

La imposibilidad radical de la que habla aquí Nancy retoma el título de este artículo: tú, yo y algo entre los dos. Eso que ocurre y que sucede entre tú y yo desborda cualquier posibilidad de cerrar el *nosotros*, desbordamiento necesario para que hablemos de relación y no solo de yuxtaposición, algo circula entre los dos que impide la reapropiación del par (y, de nuevo, el recurso a la unidad).

Entre tú y yo se encuentra el deseo incommensurable: “Yo que desea *tú* y que desea que *tú* le diga(n) yo y que, diciéndole yo, tú le digas *tú* a tu vez”⁴⁷.

4. Conclusión: *Entre tú y yo.*

Al comienzo del artículo se planteaba la pregunta acerca del sujeto que corresponde a una comunidad sin obra, a una comunidad que encuentra su razón de ser en un nivel ontológico que radica en la relación del ser-con. A partir de esa pregunta se han recorrido distintos escenarios que oscilan entre la individualidad del “yo” y su interrupción intrínseca y la colectividad de un “nosotros” que no se deja pensar desde la unidad y la homogeneidad.

El título del artículo ya daba una pista: tú, yo y algo *entre* los dos. De forma a veces velada el desarrollo del problema ha circundado inevitablemente la cuestión del “entre”.

Cada *uno* de nosotros, de *entre* nosotros, es en común, comúnmente. (*Entre* nosotros: ¿Qué es “entre”? ¿Qué *hay* entre, en el “entre”, como “entre”? No se trata más que de eso).⁴⁸

Ese “algo” que se sitúa entre tú y yo, no es una entidad propia, no tiene consistencia más allá del gesto de reunir sin confundir, de comunicar. Por eso, como conclusión que no puede ser cerrada, ofrecemos la definición de este “entre” que Nancy desarrolla para caracterizar la forma del *en común* del *nosotros*:

Todo pasa entonces *entre nosotros*: este “entre”, como su nombre indica, no tiene consistencia propia, ni continuidad. No conduce de uno a otro, no sirve de tejido, ni de cimiento, ni de puente. Quizá ni siquiera sea exacto hablar de “vínculo” al respecto: ni está ligado, ni desligado, sino por debajo de ambos, o, lo que está en el núcleo de un vínculo, el *entrecruzamiento* de briznas cuyas extremidades permanecen separadas hasta su anudamiento. El “entre” es la distensión y la distancia abiertas por lo singular en cuanto tal, y como su espaciamiento de sentido. Lo que no se tiene a distancia de “entre” no es sino la inmanencia sumida en sí misma y privada de sentido.⁴⁹

⁴² J-L. Nancy, *Archivada. Del sintiente y del sentido*, Buenos Aires, Quadrata, 2013, p. 15-16.

⁴³ J-L. Nancy, *Un pensamiento finito*, Barcelona, Anthropos, 2006, p. 6.

⁴⁴ J-L. Nancy, *Ser singular plural*, Madrid, Arena Libros, 2006, p. 26.

⁴⁵ *Ibidem*.

⁴⁶ J-L. Nancy, J-C. Moreno Romo, “El sentido y la distancia”, *Open insight*, 5 (IV), 2013, p. 207.

⁴⁷ “Je qui désire *tu* et qui désire que *tu* lui dise(se) je et que, lui disant *je*, tu lui dises *tu* à ton tour” J-L. Nancy, *La pensée dérobée*, Paris, Éditions Galilée, 2001, p. 177. Trad. propia.

⁴⁸ J-L. Nancy, J-C. Bailly, *op. cit.* p. 77.

⁴⁹ J-L. Nancy, *Ser singular plural*, *op. cit.*, p. 21.

El sujeto de una comunidad de los que no tienen nada en común salvo su existencia, es el sujeto que responde a ese tipo de unión que es el *entre*, o que se genera *entre*. Lo que tenemos en común es lo que nos separa. Un sujeto tal que no puede dejar de pensarse desde su pluralidad, rareza, heterogeneidad y tendencia al otro, un sujeto, en fin, incompleto, equívoco y atravesado por la alteridad.

Bibliografía

- Nancy, J.-L., *La comunidad desobrada*, (P. Perera, Trad.) Madrid, Arena Libros, 2001.
- , *La pensée dérobée*, París, Éditions Galilée, 2001.
- , *Un pensamiento finito*, (J. C. Moreno Romo, Trad.) Barcelona, Anthropos, 2002.
- , *Ser singular plural*, (A. Tudela Sancho, Trad.) Madrid, Arena Libros, 2006.
- , *El intruso*, (M. Martínez, Trad.) Madrid, Amorrortu, 2007.
- , *Corpus*. (P. Bulnes, Trad.) Madrid, Arena Libros, 2010.
- , *Archivada. Del sintiente y del sentido*, (M. Bardet, & V. Bulo, Trads.) Buenos Aires, Quadrata, 2013.
- , *¿Un sujeto?*, (L. F. Alarcón, Trad.) Buenos Aires, La Cebra, 2014.
- , *Lugares divinos. Cálculo del poeta*, Madrid, Arena Libros, 2014.
- , *L'intrus*, París, Éditions Galilée, 2017.
- Nancy, J.-L., & Bailly, J.-C., *La comparecencia*, (C. Rodríguez Marciel, & J. Massó Castilla, Trads.) Madrid, Avarigani, 2014.
- Nancy, J.-L., & Cohen-Levinas, D., *Inventions à deux voix*, París, Éditions du Félin, 2014.
- Nancy, J.-L., & Moreno Romo, J.-C., El sentido y la distancia, *Open Insight*, IV(5), 2014.
- Rodríguez Marciel, C., *Nancytropías. Topografía de una filosofía por venir en Jean-Luc Nancy*, Madrid, Dykinson, 2011.
- Santos Guerrero, J., *Cuestiones de marco. Estética, política y deconstrucción*, Madrid, Escolar y Mayo, 2014.